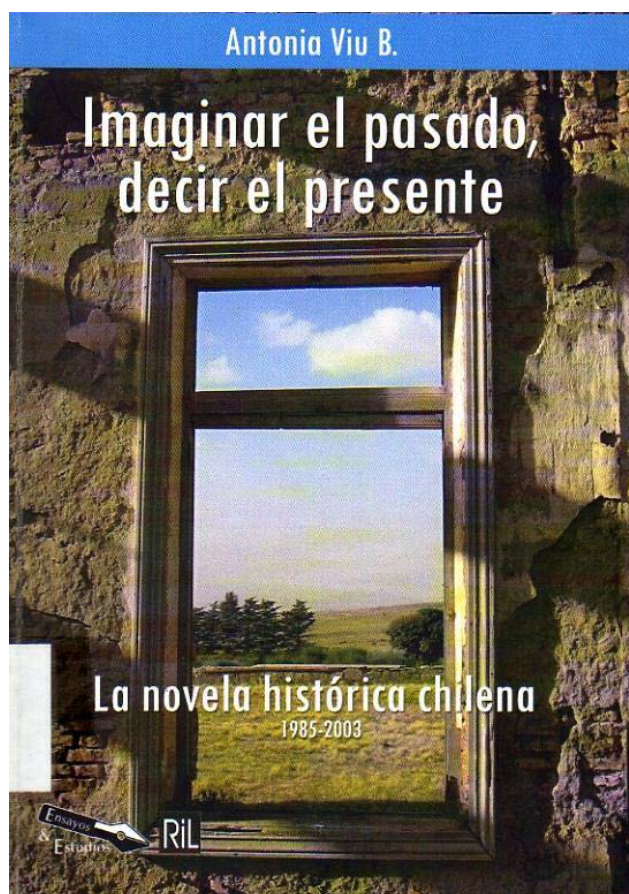


**ANTONIA VIU**, *Imaginar el pasado, decir el presente. La novela histórica chilena, 1985-2003*. Santiago, Ril Editores, 2007, 247 páginas.

**Nicolás Cruz (2009)**  
Pontificia Universidad Católica de Chile



El libro de Antonia Viu combina una presentación amplia de los aspectos teóricos relacionados con la historia, la ficción y la representación (capítulo 1), el trayecto de la novela histórica en términos generales, así como en la América Latina reciente (capítulos 2 y 3), la novela histórica en Chile con énfasis en las del siglo XIX (capítulo 4), para centrarse finalmente en el análisis de la novela histórica chilena reciente (1985-2003), llevando a cabo en este plano una descripción de las características comunes y especificidades de las obras producidas, de las cuales elige veinte a las que dedica un análisis detallado (capítulos 5 y 6). Como podrá apreciar el lector, se trata de un intento de vasto alcance, en que se busca establecer el 'estado

de la cuestión' respecto de la novela histórica y su compleja relación con la 'historia oficial', y un estudio pormenorizado de un corpus de obras recientes en el panorama chileno.

Para los efectos de este comentario o reseña, centraremos nuestra atención en los capítulos finales del trabajo de Antonia Viu, donde, a nuestro entender, se encuentra la proposición central de su texto, aquella que ha venido preparando en varios niveles y que anuncia muchas veces en la introducción y capítulos anteriores.

Un primer aspecto fundamentado por la autora es el registro de una significativa cantidad de novelas 'ambientadas en el pasado' dentro de la producción reciente de autores chilenos. El punto tiene cierta importancia porque contradice la opinión difundida en cuanto a que la novela histórica habría tenido escasos cultores en el último tiempo. Como señala Antonia Viu, esta opinión ha circulado entre los analistas por cuanto las novelas chilenas no han participado de manera protagónica en algunos de los temas más comunes latinoamericanos, especialmente en el extenso y prolífico ciclo dedicado a las dictaduras y dictadores latinoamericanos.

Respecto de esto último se pueden hacer algunas profundizaciones importantes, algunas de las cuales corresponden a la autora del libro y otras a este comentarista. La primera es que hay algunas obras, bastante notables, dedicadas al tiempo de la dictadura chilena, tales como las de Carlos Cerda y Pedro Lemebel, autores que no reciben ninguna mención en el libro. No obstante los títulos que se puedan mencionar, el tema de Pinochet no ha sido abordado con la intensidad y diversidad que se pensó en un primer momento. Es probable que el tema siga radicado en autores que no son literatos. De hecho, buena parte de las novelas comentadas en este libro han ubicado el argumento en el extenso siglo XIX chileno y en torno a las figuras canónicas de dicho proceso histórico: Portales y Balmaceda entre otros: "[...] los escritores parecen creer que las respuestas que permiten entender el pasado reciente podrían encontrarse en la presencia de códigos profundamente arraigados en nuestra sociedad, que obedecerían a imágenes de orden social muy presentes en nuestro imaginario" (p. 235).

Por cierto que no son textos 'sobre ellos', sino que revisan críticamente la idea que la 'historia oficial' ha construido respecto de ellos: "[...] en las novelas se escamotea o se subordina [la visión oficial] a la presentación de otros elementos secundarios desde un punto de vista histórico, que remiten a una pregunta más apremiante, relativa al sentido de una vivencia o la articulación de una identidad" (p. 185). Un punto importante es que las novelas históricas escritas recientemente en Chile prefieren ubicar la ficción revisionista en momentos lejanos de la historia.

La cuestión recién planteada encuentra en la autora ciertas explicaciones. La primera, y siguiendo las palabras de Jorge Guzmán, quien prologa y respalda su libro, la dureza de la historia reciente en Chile habría generado, como efecto psicológico, una suerte de mudez de la literatura respecto de los sucesos inmediatos. A esto se suma el hecho de que fue en el siglo XIX cuando se generó y consolidó aquella

identidad nacional con la cual quiere medirse y discutir, principal aunque no exclusivamente, la novelística chilena que se ocupa de la historia. Pero lo más profundo, a nuestro entender, reside en el hecho de que si bien la elección de los momentos o situaciones históricas no puede ser vista como inocua, lo central radica en que se trata de una clara aproximación desde el presente con sus temas y preocupaciones. La asertiva primera parte del título del libro de Antonia Viu expone con claridad este punto al decir "Imaginar el pasado, decir el presente". Según aquello que se puede colegir, el problema podría plantearse en los siguientes términos: desde el tiempo del escritor surge el planteamiento de un problema o tema, el cual podrá encontrar algún tipo de respuesta o solución en un momento del pasado, no siendo este último el elemento central de la ecuación. Estaríamos frente a lo que se ha identificado como los espejos de la historia, tema al cual el historiador chileno Jaime Valenzuela ha dedicado varios trabajos.

La comparecencia del autor dentro de su obra, subrayando su condición de narrador, con todas las dudas respecto de los aspectos históricos de la ficción que está generando, ha comenzado a aparecer como un punto interesante y ha subrayado, de paso, el carácter problemático que contiene el presente desde el cual se establece la relación con el pasado. Si este punto aparece con fuerza en el *Sueño de la Historia* de Jorge Edwards, tal como lo destaca la autora en los varios párrafos que dedica a esta obra, este mismo autor lo lleva a un nuevo nivel en *El Inútil de la Familia*, obra que queda fuera del tiempo abordado por Antonia Viu. En esta última, bajo el recurso usado varias veces de 'yo pienso que tú pensaste' o 'imagino que tú hiciste...', el escritor evidencia aquellas zonas grises imposibles de alcanzar por lo que respecta al personaje novelado y su tiempo. El punto no es menor dado que un tema no abordado en el libro de Antonia Viu es el que se refiere a la manera que los escritores han tenido de informarse sobre el período o figura histórica que han elegido para centrar su relato. Ellos, generalmente generosos al explicar sus métodos de trabajo, no lo son en cuanto a este punto. Guillermo Blanco, por citar un ejemplo, muestra tener un buen conocimiento de la historia del período novelado en su *Camisa Limpia*, aunque él mismo le reste casi toda importancia a "los libros de historia". Sería bastante interesante saber cómo se informó Darío Oses sobre el período de Balmaceda para escribir su excelente *El Viaducto*, una novela que, dicho sea de paso, ha tenido menos recepción de la que merece.

Entre los aspectos comunes que permiten vincular a las novelas históricas chilenas recientes, figura la de contener "una visión revisionista de la historia oficial [...] la necesidad de llenar los vacíos de la historia, de articular la visión del pasado desde la perspectiva de los sectores marginados, de deconstruir la historia para denunciar las condiciones de producción que han determinado su escritura, o de repensar el pasado a la luz de lo que encontramos en el presente" (p. 22). La relación conflictiva de estas obras es con la 'historia oficial', esto es, con la historiografía.

La centralidad del presente en que se ubica el novelista se encuentra subrayada por cuanto el tema de las novelas históricas puestas bajo observación no se relaciona de

manera conflictiva con la historia a la cual recurren reiteradamente, sino con la historiografía, entendida esta última como versiones poderosas e influyentes construidas sobre el pasado, construcciones que a su vez pueden contener una clara distancia con lo 'efectivamente sucedido'. La historiografía a la cual Antonia Viu se refiere de manera reiterada es aquella que ha establecido una 'historia oficial' que parece circular por todas partes y copar todos los espacios, la cual, si bien no es definida en ningún momento, parece ser la única existente. Se trata de la creación de una suerte de bestia negra contra la cual luego se embate. Toda la sutileza y capacidad evidenciada por la autora para mostrar la diversidad y riqueza de la creación literaria en temas históricos, aparece negada cuando se refiere a la escritura de los historiadores, los que, según da entender en su visión, continuarían machacando los mismos temas y argumentos esbozados ya tempranamente en el siglo XIX. Se le desconoce a la historiografía su propia discusión, apertura y renovación en la perspectiva y preguntas que se hacen al pasado, cuestión bastante visible a partir de la segunda mitad del siglo XX. Presentadas las cosas de esta manera, a la historiografía le correspondería seguir intentando una construcción oficial y global de la historia de Chile, mientras que la tarea de las novelas sería "plantar el descentramiento, la crisis de la imagen armónica o totalizadora, favoreciendo en cambio la denuncia de la fractura, la contradicción, la mirada unívoca del discurso historiográfico y de los relatos integradores sobre la historia y la identidad nacional" (p. 238 y último párrafo del libro).